

Ordenación Episcopal de
Mons. Juan Carlos Ares.
26 de diciembre de 2014

Jn 21, 15-19.

Queridos familiares, amigos y feligreses del Padre Juan Carlos:

La Iglesia nos ha convocado esta tarde para celebrar la Eucaristía, durante la cual seremos testigos de la sucesión apostólica, porque nuestro Señor Jesucristo enviado por el Padre para redimir a los hombres, envió a su vez por el mundo a los doce Apóstoles para que, llenos del Espíritu Santo, anunciaran el Evangelio y, reuniendo a todos en un solo rebaño, los santificaran y gobernaran. A fin de asegurar la continuidad de este ministerio hasta el fin de los tiempos, los Apóstoles eligieron colaboradores a quienes comunicaron por la imposición de las manos –que confiere la plenitud del sacramento del Orden–, el don del Espíritu Santo que habían recibido de Cristo. Hoy, ese don descenderá sobre la persona del P. Juan Carlos para ungirlo como sucesor de los apóstoles. Nuestra Iglesia particular de Buenos Aires vive con alegría semejante regalo y se dispone a celebrar el misterio de la ordenación.

La Palabra de Dios que se ha proclamado ilumina esta elección y nos da el sentido profundo de este grado del ministerio sacerdotal, para la edificación de la Iglesia fundada por Jesús.

Recordemos que en el Evangelio de San Juan se nos narra la manifestación de Jesucristo Resucitado, en un amanecer a orillas del mar de Tiberíades, a siete de sus apóstoles. Los discípulos habían pasado la noche pescando, pero sin resultados. La iniciativa la tuvo Jesús, que los sacó del desaliento ordenándoles que echasen las redes. Ellos obedecieron sin objeciones y se produjo una pesca sorprendente. Todavía no habían salido de su asombro, cuando uno de sus discípulos, a quien Jesús amaba, lo reconoció como «El Señor»; y así sucedió que Pedro reaccionó tirándose al agua para ir a su encuentro; luego, llegaron los discípulos en la barca. Cuando todos estaban en su presencia, repararon en que el Maestro había preparado pescado asado y, al darles de comer, seguramente advirtieron en sus manos los estigmas de su pasión, que perviven en el cuerpo del Resucitado.

El Evangelio que recién hemos escuchado sigue a esa escena. Es el diálogo que acontece en la intimidad, entre Jesús y Pedro. Por tres veces el Señor lo interroga a Pedro: «¿Me amas?», y el apóstol responde a cada pregunta con una confesión de amor, las que evocan las veces que lo había traicionado durante la pasión. Pero desde su fragilidad y caída, Pedro se dispone a amar al Señor incondicionalmente. No obstante, después de la última pregunta Pedro entristeció, pero no le impidió confesarlo plenamente, porque conocía que Jesús lo sabe todo.

San Agustín, al meditar este pasaje, nos regala una expresión que lo describe bellamente: «No te entristezcas, Pedro, responde una vez, responde dos, responde tres. Venza por tres veces tu profesión de amor,

ya que por tres veces el temor venció tu presunción. Tres veces ha de ser desatado, lo que por tres veces habías ligado. Pedro, desata por el amor lo que habías ligado por el temon» (Sermón 295; PL 38, 1348-1352).

Con esta confesión –ahora desde su pequeñez y a pesar de su fragilidad–, el Señor le encomendó apacentar «sus» ovejas.

Y es aquí, querido Juan Carlos, que aparece la palabra que da profundo sentido a esta ordenación: *apacentar*; dulce, comprometedor y desafiante palabra; es decir, en esto consiste el oficio de pastor: cuidar amorosamente al rebaño que sigue perteneciendo a Jesús. Por la sucesión apostólica heredamos este bendito oficio de apacentar, con la conciencia de que somos pastores de las ovejas de Jesucristo, y en darnos por entero y con caridad pastoral a ese oficio, consiste nuestro ministerio.

Como a Pedro, el don de apacentar se nos confía a pesar de nuestra debilidad, con la única condición de que amemos a Jesús. Apacentar es un don que se renueva en cada Eucaristía, sacramento de su amor. En los sacramentos, en la oración, en el ejercicio continuo de la caridad pastoral, Él nos contagia constantemente el entusiasmo de dar la vida por sus ovejas.

A ustedes, rebaño de Dios, les digo: por el ministerio paternal del Obispo, el Señor continúa predicando el Evangelio, administrando los sacramentos de la fe a los creyentes. Por el ministerio paternal del Obispo, agrega a su cuerpo nuevos miembros. Por la sabiduría y prudencia del Obispo, los conduce a través de la peregrinación terrena a la eterna felicidad. Reciban, por tanto, con alegría y gratitud a este hermano nuestro.

Nosotros, los Obispos presentes, por la imposición de las manos, lo agregaremos a nuestro Orden episcopal.

Recuerden las palabras de Cristo a los Apóstoles: «Quien los escucha, a mí me escucha y quien los rechaza, a mí me rechaza y el que me rechaza, rechaza al que me ha enviado».

Querido hermano, elegido por el Señor: recuerda que has sido tomado de entre los hombres y puesto al servicio de los hombres en las cosas que se refieren a Dios.

En efecto, el Episcopado significa un servicio, no un honor, y es necesario que el Obispo –más que presidir– sirva a sus hermanos, ya que según el mandato del Señor, el que es mayor hágase el menor, y el que preside sea como el que sirve.

Proclama la Palabra oportuna e inoportunamente; corrige siempre con paciencia y deseo de enseñar.

En la Iglesia a ti confiada, sé fiel dispensador, moderador y custodio de los sacramentos de Cristo. Elegido por el Padre para gobernar a su familia, acuérdate siempre del Buen Pastor que conoce a sus ovejas y es conocido por ellas y que no dudó en dar su vida por el rebaño.

Ama con amor de padre y hermano a todos los que Dios te encomienda, en primer lugar, a los presbíteros y diáconos, tus

colaboradores en el ministerio de Cristo; también a los pobres y a los débiles, a los que no tienen hogar y a los desamparados.

Preocúpate incansablemente de aquellos que aún no pertenecen al único rebaño de Cristo, porque ellos también te han sido encomendados en el Señor.

Nunca te olvides que has sido agregado al Orden episcopal en la Iglesia Católica, reunida por el vínculo del amor, de tal modo que no dejes de tener preocupación por todas las iglesias y no olvides socorrer con generosidad a las iglesias más necesitadas de ayuda.

Hoy te convertirás en pastor del rebaño, como Pedro. Pero, también como Pedro no olvidó su oficio de pescador, también tendrás que pescar. Que tu pasión sea la misión y las vocaciones, acompañando a aquellos jóvenes que quieren seguir de cerca al Señor, como sacerdotes, consagrados, como laicos. Padre Obispo Juan Carlos: ¡Apacienta y pesca!

Por tanto, preocúpate por todo el rebaño en el que el Espíritu Santo te pone para gobernar a la Iglesia de Dios. En el nombre del Padre, cuya imagen representas en la Iglesia. En el nombre del Hijo Jesucristo, cuyo ministerio de Maestro, Sacerdote y Pastor ejerces. Y en el nombre del Espíritu Santo, que vivifica a la Iglesia de Cristo y fortalece con su poder nuestra debilidad.

Cardenal Mario Aurelio Poli